

6 aquí y ahora

15-M: Transitando entre la autonomía, la radicalidad y el nuevo “sentido común”

Joseba Fernández

La imprevisibilidad en movimiento: conquistando espacios del “sentido común”. Plantear hipótesis de futuro sobre el movimiento 15-M no deja de ser, prácticamente, un juego estéril de futurología. El carácter irrepresentable e innombrable del mismo, su laxitud programática, su estructuración cambiante o, simplemente, su radical dinamismo e imprevisibilidad lo convierten en un movimiento que avanza en lógicas distintas a las de las hipótesis estratégicas o de la “razón política” clásica.

Sin embargo, esta ausencia de una definición y de unos límites del propio campo ha servido para poder convertir al movimiento en la expresión política antagonista del malestar social. Así, en las primeras semanas, el movimiento se configuró como un espacio neutro en el que todo cabía, y en el que a base de muchas dosis de *virtud y fortuna* se avanzaba hacia un nuevo escenario de la resistencia social. Sin esquemas preconcebidos y sin teorías estrechas en las que encajar la realidad social, pero con grandes dosis de inteligencia colectiva y de ensayo-error, el movimiento ha conseguido alterar el desesperante curso de los acontecimientos de este país.

El “estallido” post 15-M estaba por venir. Pero como un sujeto nuevo aparece con formas nuevas y con gramáticas por descubrir. Rompiendo con la impotencia de lo anterior, el movimiento 15-M (¿acaso habría que hablar de movimientos del 15-M?) ha logrado ya dibujar un nuevo escenario en la resistencia social al actual régimen institucional “de los consensos” que padecemos. Un poder instituyente desde abajo enfrentado al poder constituido desde la exclusión de los grandes consensos.

Sólo eso ya es una victoria histórica. Pero el movimiento se proyecta hacia el futuro. Y lo hace sin esperar. Se ha ganado ese derecho a través de ser capaz de haber invertido la lógica, hasta ahora hegemónica, del “sentido común”. Un sentido común que estaba en el campo de juego del enemigo y que, en las últimas semanas, ha sido tomado al asalto por un movimiento que ha sabido expresar en su discurso y en su práctica una lógica democratizadora inapelable. De repente, tras años de derrota, emerge la “fuerza de la razón” de nues-

tro lado, desmontando los dispositivos de control ideológico en marcha, especialmente para la gestión de la crisis económica. El nuevo lema “*tenemos la razón y lo sabéis*” muestra esta incipiente inversión en la hegemonía de los discursos.

Este avance en la conquista de espacios de “razón común”, unido a la disposición conflictiva y contenciosa del movimiento, hacen de éste el sujeto político-social protagónico en el próximo período. “Sin esperar ni sustituyendo” a otros actores que, o no han podido o no han querido, impulsar amplias dinámicas de auto-organización y resistencia, el movimiento 15-M es ya la referencialidad para responder a próximas agresiones sociales y para articular las convergencias naturales que tanto necesitábamos. Y esta nueva referencialidad seguirá manejándose en lógicas diferentes y todavía por encontrar: en la relación con el tiempo político establecido, en su auto-representación o en su propia dinámica contenciosa.

El devenir del movimiento: la radicalización democrática. Si de alguna forma se puede caracterizar a este movimiento es a través de su voluntad democratizadora. Una nueva generación con nuevos anhelos democráticos, no socializada directamente en la cultura del pacto y que, además, víctima del nuevo régimen de la precariedad vislumbra en los límites de este modelo de democracia las razones de su explotación. De hecho, la crítica a la actual “razón democrática” ha conformado el contenido sustancial del movimiento. Y como razones sobran en la constitucionalidad e institucionalidad de este país, la radicalización del movimiento era (y es) previsible.

El grado de democratización de un determinado “régimen político” era definido, por el científico social Charles Tilly como “*el movimiento neto hacia una consulta más mutuamente vinculada, más protegida, más igual y más amplia*”. Y bastante de esto hay en el impulso político del movimiento 15-M. El salto producido desde un movimiento que toma impulso en la crítica al modelo de representación democrático-formal a un movimiento que “lo quiere todo y lo quiere ahora”, es fruto de la radicalización inevitable que produce internarse por las fallas de la incompleta democracia española. Cuanto más profundice el movimiento en los límites impuestos por este régimen, más se radicalizará y, obviamente, más incómodo resultará para las élites políticas y económicas.

El deseo de auto-gobierno expresado por el movimiento se concreta en las demandas de construir al pueblo en sujeto de decisión. En recuperar el espacio político robado por partidos institucionales y, especialmente, por los mercados. Ése es y será el campo de batalla de un movimiento democratizador que apela a restituir el “gobierno de los más”.

Esta posible creciente radicalización en las demandas del movimiento va a encontrar su correlato en la propia práctica del movimiento. Si bien hasta el

momento la misma práctica del movimiento ha sido radical (práctica de la desobediencia, resistencia pacífica, ocupación del espacio público), es posible que, a partir de ahora, sea precisamente la práctica del movimiento la que determine la expresión de las demandas. Pasada la fase de búsqueda impotente de un “programa” unificador, éste ha quedado ya desbordado por el propio impulso contestatario del movimiento. Y es que la condición de espacio social reconocido para ejercer la protesta hace ya de éste el actor que seguirá encauzando la resistencia ante las agresiones por venir. El éxito histórico del 19-J marca un hito sobre el que avanzar hacia nuevos objetivos (¿una huelga general?).

Esta performatividad invertida, en la que casi la acción precede a la enunciación de la demanda, va a conceder una impronta particular al movimiento. La lógica democrático-formal, en la que algunos sectores querrían ver instalado al movimiento, va a quedar desbordada por la vía de los hechos. La práctica de resistencia se dirigirá, seguramente, hacia cuestiones con un contenido más social y de emergencia ante la actual salida de la crisis. Eso irá en detrimento de otras cuestiones, aún presentes en el movimiento, pero que difícilmente pueden, por sí solas, agregar voluntades y dinámicas de conflicto. Y es que, ¿acaso en 30 años se ha generado un movimiento contencioso en la calle contra las leyes electorales?, ¿es posible articular un movimiento de las actuales características basándolo en propuestas como las listas abiertas? La urgencia social a la que nos ha abocado la crisis y la propia dinámica de la gestión de la misma a la que está obligado a hacer frente el gobierno (en forma de recortes y adaptación a las “exigencias” de la UE y los especuladores de distinto signo), van a situar en la agenda del movimiento las formas para resistir a esos envites. Tal vez, esto implique que el movimiento deje de ser ese espacio neutro y cándido que lo alumbró. Eso conllevará riesgos, naturalmente. Sólo conservando y ampliando el espacio de ese nuevo “sentido común” se podrán mantener los niveles de apoyo ciudadano que el movimiento tiene en estos momentos.

Y es que ya nada le es ajeno al movimiento. Después de años de resistencia “molecular”, surge la posibilidad de nuevos desafíos y nuevos escenarios para el combate. La extensión y estructuración del movimiento entre lo general y lo local (a través de la extensión a los barrios) parece resolver acertadamente esta disyuntiva, tan tortuosa anteriormente, entre los movimientos sociales. De ahí, la importancia de que el movimiento se avenga a una óptima estructuración en las diferentes escalas del conflicto. Intervenir en el territorio desde el prisma de los grandes problemas puede ser uno de los aportes del movimiento. De lo global a los barrios, y de allí, “a la luna”. Pasar de la fase de un cierto “movimiento en sí” (etapa final de las acampadas) a un movimiento para sí” se antoja clave para consolidar una nueva fase contenciosa y de conflicto contra el poder instituido. Seguir el proceso de acumulación, en el inestable choque entre nuestra legitimidad y su legalidad, es imprescindible para pasar a

nuevas fases. No ha llegado, empero, el tiempo para que el movimiento sea capaz de imponer sus demandas.

La posible fluctuación en la intensidad del movimiento también va a depender de cómo responder al complejo desafío de la propia estructuración. Sedimentar las redes establecidas y asegurar la autonomía de los diferentes nodos pero manteniendo la tensión general, pueden ser fórmulas para dotar de continuidad al movimiento en el medio-largo plazo. Así se podrá disponer de mecanismos para ampliar la resistencia frente a los micro-efectos de la crisis (desahucios, por ejemplo) pero interviniendo también sobre las cuestiones más globales derivadas de la crisis sistémica.

De fondo, unas elecciones generales en las que el movimiento, desde su autonomía, hará su aparición y, esta vez, con mayor posibilidad de impacto en el resultado que en las elecciones municipales. Un debate éste al que ya está convocada la izquierda rupturista.

El control de la protesta desde “el poder”. En esta dinámica del movimiento no podemos obviar las diferentes fórmulas que “desde arriba” se van a impulsar para tratar de controlar y contener la protesta. Anticiparlas será clave para que no incidan de manera determinante en el ciclo de movilizaciones en marcha.

Si el movimiento se define por su imprevisibilidad, las líneas abiertas a seguir por las autoridades y poderes varios es también una incógnita. Hasta ahora se han venido moviendo entre el estupor, la confusión y un cierto pánico, más o menos disimulado, ante la irrupción de este nuevo sujeto.

En este sentido, tres lógicas alternativas pero no excluyentes, pueden ser habilitadas desde “el poder” para desarmar al movimiento. Primeramente, desde la combinación de la certificación y la descertificación del movimiento. Es decir, valiéndose indistintamente de un paternalismo que reconoce al movimiento y sus demandas “regenerativas” y, por otro lado, de la indiferencia y/o estigmatización buscando el aislamiento del movimiento.

El segundo mecanismo potencialmente despegable desde las élites será el intento de cooptación (al menos parcial) tanto del programa como de un cierto “espíritu del movimiento”. Operaciones de este tipo las veremos intensificadas por parte de distintos partidos (especialmente IU y PSOE e, incluso UpyD). Resistir a esos envites, desde la autonomía del movimiento y del rechazo al juego de la política en los parámetros en que actualmente está establecida, será fundamental para inocularse ante ese veneno.

Por último, una agudización del conflicto en clave represiva desde las autoridades no es descartable. Tras el 15-J se ha desplegado un indisimulado intento de control policial y mediático de la protesta. La asimilación pública bajo la etiqueta de “antisistemas” podría facilitar, desde la óptica de los de arriba, una escalada represiva. Ya está lanzada esa clásica división entre los “buenos”

y los “malos” que buscará someter al movimiento a la prueba de la unidad. A pesar de ello, el pacifismo activo y desobediente que impera en el movimiento parece incuestionable y constituye la garantía elemental para cortocircuitar y deslegitimar socialmente una estrategia criminalizadora. Invertir el discurso sobre la violencia y ser exitosos en la articulación y ampliación del campo social, en esta fase de acumulación, será el camino por el que deberá transitar el movimiento 15-M.

De la la impotencia de lo anterior ya no queda más que el “mal sueño” de la parálisis social que nos atenazaba. El 15-M nos ha alumbrado un posible. El futuro de ese posible es ya el nuestro.

Joseba Fernández es investigador pre-doctoral en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la UPV-EHU, y es activista del movimiento 15-M.

Andaduras del 15M y -#acampadabcn: donde el tiempo se ralentiza y los sucesos se condensan

Sandra Ezquerria

Primeros pasos. En ocasiones, al volver nuestra mirada, lo sucedido en unas pocas semanas nos lleva a preguntarnos si no habrán pasado en realidad meses, ya que resulta difícil creer que tantos acontecimientos, tanta intensidad y tanto trabajo puedan caber en sólo unas pocas líneas del calendario. Escribo este texto unos días después del gran éxito de las manifestaciones del 19-J en decenas de ciudades del Estado español, y no albergo duda alguna de que el movimiento 15-M en Barcelona constituye uno de esos poco frecuentes episodios de ralentización del tiempo y condensación de lo que en él sucede: momentos en que los minutos albergan horas, los días semanas, las semanas meses y, como resultado, se tornan contenedores de procesos de avance, debate y aprendizaje extraordinarios.

La noche del 16 de mayo unas decenas de personas decidían concentrarse en Plaça Catalunya en protesta por el desalojo de la Plaza del Sol en Madrid, sin saber aún que encendían una mecha que llevaba tiempo fraguándose, y daban inicio a uno de los fenómenos sociopolíticos más relevantes de los últimos años en Catalunya. Las redes sociales no fallaron y durante las noches siguientes las decenas devinieron centenares y miles. Las personas que allí nos fuimos acercando escépticas ante la falta de contundencia de las consignas coreadas en las manifestaciones del 15 de mayo, no pudimos resistirnos ante la potencia de los acontecimientos y acabamos sucumbiendo ante el entusiasmo e indignación que emanaban de tantas voces que por primera vez en su vida salían a la calle.

Es mucho lo que hemos aprendido durante estas semanas. De hecho, nunca pensamos que podríamos aprender tanto ni sospechamos ese 16-M que podría-

mos hacerlo en tan poco tiempo. Con una dispersión agilizada por la masividad y el apasionamiento, antes de que nos diéramos cuenta se perfilaban comisiones, se les daba forma y fondo, se improvisaban protocolos de asambleas masivas, se ensayaban procesos de decisión, se diseñaban estructuras, se bosquejaba un sentimiento de adhesión y pertenencia. Adhesión y pertenencia que desde entonces no han dejado de crecer con firmeza y de extenderse a la totalidad de barrios de la ciudad de Barcelona y más de 100 municipios del territorio catalán.

Esta firmeza se ha visto también reflejada en el interés y solidaridad internacional que desde sus inicios ha generado el movimiento. Durante su primera semana #spanishrevolution, #acampadasol y #acampadabcn fueron *Trending Topics* globales en Twitter y ocuparon numerosas portadas de periódicos en todo el mundo: en lo que se refiere a la atención internacional, la primavera árabe daba paso al mayo de los y las indignadas del Estado español.

Desalojo fallido. Si bien el vigor físico, anímico y presencial de los primeros días en Plaça Catalunya empezó a declinar la siguiente semana como resultado de un ritmo de actividad frenético y absolutamente insostenible, el movimiento se vio obligado a enfrentarse a un gran reto del 27 de mayo ante la “operación de limpieza” de la plaza de la *Conselleria d’Interior* y de los *Mossos d’Esquadra*. La desproporcionada violencia utilizada por las “fuerzas del orden”, la sorprendentemente firme respuesta ofrecida por el movimiento, así como el enorme apoyo social y ciudadano recibido durante aquel día, lanzaron un enorme balón de oxígeno que permitió al 15-M catalán seguir avanzando y, no sin dificultades y contradicciones, consolidarse de manera embrionaria. La serena y a la vez enérgica defensa de la plaza la noche del sábado 28, cuando decenas de miles de seguidores del Barça se concentraban a escasos metros de ésta para celebrar el triunfo de su equipo en la Champions, contribuyó a infundir al movimiento con una creciente seguridad en él mismo y en su potencial y nutrió, de esta manera, al espíritu rebelde engendrado la semana anterior por las sentencias de la Junta Electoral, el Tribunal Supremo y el Tribunal Constitucional.

Aturem el Parlament? La siguiente prueba llegó el 15 de junio, fecha en que el *Parlament* iniciaba el debate sobre los presupuestos catalanes y que había sido fijada en una asamblea general como jornada clave de lucha. Después de un mes entero de trabajo y debates sobre las líneas discursivas que debían emanar del movimiento, el 15-J encarnó el primer pulso concretado políticamente que el movimiento lanzaba al *Govern*. Ante un partido en el poder que apenas representa al 17% de la población adulta residente en Catalunya y unos gravísimos recortes sociales que jamás figuraron en el programa electoral de *Convergència i Unió*, miles de indignados e indignadas barcelonesas salieron

victoriosas, aunque sólo a medias, de aquella batalla. Si bien la llegada del *President* y algunos *consellers* en helicóptero al *Parlament* mostró la capacidad del movimiento de entorpecer el proceso de profundización de los ataques a las clases populares impuestos por la derecha catalana y poner a ésta en evidencia ante la opinión internacional, algunos conflictos aislados consiguieron desafortunadamente desviar la atención de los medios de comunicación y la opinión pública ese día del objetivo ideológico de la acción- frenar los recortes sociales- y, a pesar de que la jornada finalizó con una emocionante y festiva sentada en la Plaça Sant Jaume, en el aire quedaba la duda de si el 15-M barcelonés conseguiría sobrevivir al aislamiento al que la condena mediática, de la clase política, e incluso de aliados tan cruciales como *acampadasol*, parecían sentenciarlo.

El 16 de junio fue difícil: día de resaca y arduos debates sobre la respuesta pública que el movimiento debía dar ante los polémicos sucesos del 15. Si bien la heterogeneidad y diversidad de su composición ha sido indudablemente una de las fuentes de riqueza del 15-M desde su nacimiento, éstas plantearon a su vez un importante dilema a la hora de adoptar una postura unitaria. Mientras que, por un lado, los y las convencidas en el pacifismo immaculado y el civismo acrítico estaban más que dispuestas a condenar la “violencia de unos pocos” e igualarla cualitativamente a la brutalidad policial, otro sector se negó rotundamente a tomar atajos reproduciendo la maniquea división demasiadas veces formuladas en la historia reciente del Estado español durante los últimos años entre buenos y malos; entre “demócratas” y “violentos”. Lo que triunfó en ese espinoso debate, no obstante, fueron las ganas de encontrarse, de hallar el punto intermedio y ceder centímetros de posturas particulares que permitieran avanzar kilómetros en objetivos comunes. A pesar de las no pocas simplificaciones de los medios de comunicación mayoritarios y de algunas corrientes políticas; a pesar de no pocos enfados entre los indignados, las declaraciones del movimiento ante la opinión pública en referencia a lo acontecido el día 15 mostraron una gran inteligencia, valentía y entereza, reivindicando la legitimidad del consenso general conseguido los días previos al 15 pero evitando a su vez condenar las acciones de algunas personas que, aunque a mi parecer actuaron de manera profundamente irresponsable ante el *Parlament*, no dejan de ser compañeros de viaje; compañeras de lucha. No se olvidó de subrayar, además, que la verdadera violencia es la que proviene de las fuerzas represivas y de un sistema político-económico que deja a las personas, cada vez con más virulencia, sin hogar, sin empleo, sin pensión y sin futuro.

Ante el movimiento quedaba entonces la convocatoria del 19 de junio contra la crisis, los recortes, la represión policial y a favor de una huelga general. Quedaba también la incertidumbre sobre hasta qué punto los ataques y la criminalización política y mediática socavarían su credibilidad y apoyo social. El día previo a la movilización estuvo lleno de creciente, aunque cautelosa, eufo-

ria tras la declaración pública de apoyo de los sindicatos mayoritarios y de EUiA e ICV: un movimiento social aún en pañales y que apenas empezaba a arrebatada la iniciativa política a la izquierda y el sindicalismo institucionales convocando a una movilización masiva y demostraba su fuerza y legitimidad consiguiendo que éstos se sumaran.

La realidad superó a la esperanza y el día 19-J y, bajo el lema de: *“La calle es nuestra, no pagaremos su crisis”* el centro de Barcelona fue escenario del baño de masas más diverso, más festivo, más anónimo y más esperanzador que ha vivido en mucho tiempo. El 19-J contribuyó a seguir afirmando el *“sí, se puede”* y el *“juntas podemos”* y, en definitiva, ayudó a ampliar la brecha desafiante que desde hace pocas semanas amenaza con hacer tambalear al hasta ahora imperturbable discurso de la inevitabilidad del sistema económico, de la crisis que éste ha producido y de los terribles efectos que las clases populares vienen sufriendo. El 19-J el movimiento continuó acumulando energías, apoyo y credibilidad, obligó a la clase política catalana a medir su tono, sus palabras y su desdén y abrió una pequeña puerta hacia una nueva etapa que en el momento que escribo estas líneas está aún por determinar.

¿Quo vadis, 15M? Ha sido sin duda ésta la pregunta más formulada por los medios de comunicación a los y las componentes del movimiento después del 19 de junio. Ante la ausencia de respuestas claras, hay quién piensa que se quedará en nada. Otras voces lo señalan como el preludio a una nueva fuerza política. Se invocan unas y otros. El movimiento de los y las indignadas ha conseguido sacar a la luz de forma imprevista y ocurrente una corriente subterránea de malestar y frustración social que lleva tiempo en ebullición y se ha visto profundizada durante los últimos años de crisis. Pero la heterogeneidad del 15-M imposibilita a su vez de partida su conversión en bloque electoral, no sólo porque los discursos e ideas residentes en su seno resultan a menudo dispares e incluso contradictorios, sino también porque una gran parte de sus miembros rechazan firmemente la vía electoral como herramienta de lucha. De esta manera, yerran tanto aquéllos que lo quieren reducir a una entidad monolítica como las que intentan aprehenderlo utilizando los códigos y lógicas de la política institucional.

Se hace camino al andar. Una de las frases que más sonó durante las primeras semanas de acampadabcn fue: *“no vamos lentos sino que queremos llegar muy lejos”*. El movimiento en Barcelona consiguió en ese momento resistir a las presiones de los y las que le exigían propuestas concretas y direcciones claras. No sin problemas, hizo oídos sordos y miró hacia dentro. El levantamiento de la acampada fue una escenificación de su creciente deseo de inmersión en la vida cotidiana de la ciudad y sus barrios. Fue entonces cuando desplazó su mirada hacia afuera. A su vez, las movilizaciones del 19-J le han obligado finalmente a empezar a andar.

No son pocas las propuestas, ideas y debates sobre sus próximos pasos. Insatisfecho con la insuficiente cobertura recibida por su denuncia de los recortes de CiU, es más que probable que posponga sus vacaciones estivales y apueste por continuar movilizándolo y denunciando la ilegitimidad de los nuevos presupuestos y recortes sociales hasta que éstos sean votados en el *Parlament* en julio. Razones no le faltan y habrá que ver si consigue combinar las protestas en la calle con otros mecanismos agitadores que consigan implicar a una creciente porción de la ciudadanía catalana. Las redes sociales continuarán jugando, sin duda, un papel difusivo y propagandístico fundamental para hacer esto posible.

Por otro lado, Catalunya tiene cierta experiencia en la organización de consultas populares sobre cuestiones políticas y en el seno del movimiento también se está empezando a discutir la posibilidad de realizar en otoño una consulta ciudadana sobre cuestiones sociales y económicas tan relevantes en la actualidad como son los desahucios, el rescate público de los bancos o los despidos masivos. Esta línea de trabajo permitiría sin duda combinar un lenguaje llano y accesible para muchísima gente con una crítica implícitamente radical de algunas de las políticas neoliberales más perniciosas de los últimos años y que más desesperadamente necesita el sistema capitalista en la actualidad para sobrevivir. Todo ello proporcionaría a su vez a medio plazo un eje de trabajo a las asambleas de barrios y pueblos que, además de debatir y profundizar sobre cuestiones de política y economía, se verían fortalecidas y consolidadas por un trabajo cotidiano y arraigado en el territorio. En realidad, sería una estrategia llena de potencial para seguir expandiéndose en el territorio sin perder la coordinación y la cohesión global de vista. Podría ser también un vehículo de gran utilidad para continuar poniendo en jaque a la clase política y promover una creciente radicalización del movimiento.

No hay que olvidarse, por último, de uno de los horizontes que el movimiento 15M se marcó en sus inicios y una de las consignas más coreadas el 19-J: "*hace falta ya una huelga general*". Respecto a esta cuestión Catalunya presenta dos especificidades que hacen que la convocatoria de una huelga general catalana sea más plausible que en otros lugares. Primero, el cambio de gobierno autonómico tuvo lugar a finales del año pasado y convirtió a Catalunya en pionera de los severos recortes sociales resultantes de la actual etapa de gestión de la crisis. Ello ha provocado en los últimos meses, como sabemos, importantes movilizaciones y protestas de trabajadoras del sector público y usuarios de la sanidad, entre otros, que sin embargo no han producido con la misma intensidad en otros lugares del Estado español. En segundo lugar, mientras que CC OO y UGT sin duda se deben sentir acobardados por los más que seguros desastrosos efectos que una huelga general a escala estatal tendría sobre un ya moribundo gobierno del PSOE, no tienen que preocuparse por ello en Catalunya, ya que la artífice de los recortes y objetivo de todas

las críticas es la derecha de Artur Mas y Alicia Sánchez-Camacho. Es todavía pronto para afirmar nada, pero no descartemos esta posibilidad. Todo dependerá en gran medida de la capacidad del 15-M de mantener la tensión movilizadora y del nivel de osadía de las grandes centrales sindicales.

Lo que está claro es que el 15-M va hacia adelante y seguirá dando de qué hablar: independientemente de la velocidad del tiempo y la densidad de los acontecimientos. Las formas que tome o las batallas que libre están aún por ver, pero estoy segura de que no nos decepcionarán. Como tantas veces hemos oído y repetido, esto no es más que el principio.

Sandra Ezquerro Ezquerro participa en el movimiento 15-M en Barcelona.

15-M: Porque sin nosotras no se mueve el mundo, la Revolución será feminista

María Bilbao

El texto que vais a leer a continuación es una opinión personal y no representa en ningún modo a la asamblea de la Comisión de Feminismos Sol.

Hace unos días me llegó un gráfico que narraba la historia del 15-M y ponía en relación sus antecedentes y lo que entonces era el momento presente: la acampada, las comisiones, los grupos de trabajo. Entre los antecedentes estaban las luchas contra el plan Bolonia del movimiento estudiantil, la huelga general, tal vez las de la vivienda, y más remotamente, en el espacio pero no en el tiempo, la revolución en los países árabes y en Grecia. Esto me hizo pensar en qué es lo que hizo prender la mecha; tal vez fuera necesario un análisis desde los movimientos sociales para reflexionar sobre qué es lo que ha conseguido movilizar a cientos de miles de personas, qué tecla se ha pulsado en la cual los movimientos no habían reparado previamente. Lo que intenta transmitir el movimiento 15-M no es algo nuevo ni ajeno a los movimientos sociales, pero éstos sin duda habían dejado de lado algo fundamental que movilizaba y agitaba las conciencias. Tal vez no fuera algo que faltaba, sino algo que sobraba, es decir, el movimiento 15-M se caracteriza por ser un aglutinante no uniformado de reivindicaciones bajo la forma de peticiones al unísono.

Comenzamos a darnos cuenta de esto el día en que la comisión de feminismos colgó una pancarta gigante con el lema “Revolución Feminista” que fue arrancada entre vítores, por la acción y abucheos, por la palabra en cuestión: feminista. Hasta ese momento de euforia y sueño colectivo nuestro objetivo común era todos y todas a una contra la crisis, los corruptos, etc, digamos que unos demonios fácilmente reconocibles y asumibles.

Desde la Comisión de Feminismos las distintas etapas de la acampada y por tanto del movimiento, que se inició con la acampada, se han ido viviendo a

golpe de titular. El momento de retirada de la pancarta sirvió para una definición inicial del movimiento desde la indefinición, puesto que muchas personas comenzaron a nombrarse y nombrar al 15-M como apolítico y unitario. He aquí un error de conceptos: un movimiento político no puede ser apolítico, puede ser sin embargo apartidista, y si se es político se exige un posicionamiento frente a las distintas realidades. Y éste es el otro punto: unitario no es lo mismo que uniformado u homogéneo. Por eso, en la Comisión de Feminismos decidimos cambiarnos el nombre de Feminismo a Feminismos, porque somos muchas y diversas y nuestra apuesta política es también personal, convivimos con las diferencias, nos reconocemos distintas y por eso *#cabemostodas*.

El movimiento del 15-M está compuesto por muchas personas que caminan a ritmos muy distintos, independientemente de la edad; aquí apunto a que, afortunadamente, los medios han dejado de referirse al 15-M como un movimiento de jóvenes, hay personas con un bagaje militante y/o político y personas sin este bagaje pero con mucha indignación. Haciendo una humilde reflexión pienso que los y las militantes debemos aprender de la indignación colectiva y así mirar al mundo con ojos recién nacidos; pero también que la indignación es una emoción y por tanto es efímera: se puede seguir indignada eternamente, pero ésta no sostiene la marcha, ni produce cambios más que en lo inmediato, es necesario un esqueleto político que permita llevar el Movimiento mas allá de la idealización de la cooperación, del revival del 68 o de la euforia colectiva.

Mantener el equilibrio entre la ilusión, la estrategia política, el cansancio y la paciencia no es sencillo. Las feministas nos apresuramos mucho en llamar a lo que estaba sucediendo *Revolución*; tal vez debamos inventar otra palabra porque en todas las revoluciones habidas la causa de las mujeres ha sido siempre secundaria y convenientemente apartada, o tal vez no, pero debemos utilizarla con mas dosificación. Muchas de las medidas propuestas por la Asamblea General, como el famoso “consenso de mínimos” no tienen nada de revolucionarias, no pretenden cambiar el mundo, sólo pretenden ayudarnos a sobrevivir un poco más. Aquí el lema sesentayochista: “*Seamos realistas pidamos lo imposible*” no ha sido revitalizado. Y sigo dándole vueltas al tema, si tal vez ese afán revolucionario es lo que nos aparta a los movimientos sociales de la opinión pública o si esta sociedad ya está tan herida de muerte por el neoliberalismo que hasta los deseos utópicos nos han sido amputados.

Pero no todo es plano, se ve luz por alguna rendija: son las propuestas ecologistas, internacionalistas y feministas principalmente, aunque no las únicas, las que persiguen objetivos mas ambiciosos y por tanto realistas e irrenunciables: el cambio de un sistema, que no sólo “no nos representa”, sino que además no nos permite vivir.

La Comisión de Feminismos surgió de manera natural, casi por inercia. Las feministas estamos muy acostumbradas a formar bloque y a hacernos responsables de nuestra propia representación. Desde el primer momento ha existido en la comisión un pacto de intereses comunes ampliamente respetado, en el que todas hemos comprendido que lo que nos une es mayor que lo que nos separa. También está siendo un ejercicio de *empoderamiento* y por supuesto de aprendizaje de otros grupos, de otras feministas, de otras personas. Pero en la Acampada Sol y el movimiento 15-M todo va extraordinariamente rápido; la dinámica es en sí misma excluyente y nos obliga a generar mecanismos que evidencien la exclusión e incluyan de nuevo a quienes no pueden permitirse triples jornadas militantes. La rapidez nos obliga también a la tolerancia del “consenso de mínimos” y fomenta nuestra creatividad e imaginación para solucionar conflictos que se presentan en el momento. Se da de esta forma una paradoja en el movimiento: está fuertemente *burocratizado* pero al mismo tiempo una de sus mayores bazas es: “*hazlo tu misma(o)*”, a lo que hay que animar en muchos momentos.

La relación de la Comisión de Feminismos con la acampada y con el movimiento es compleja, partimos de una relación con el poder extraña. Desde un primer momento se señaló la necesidad de una transversalización feminista conviviendo con un grupo específico; sin embargo asamblea tras asamblea dimos rodeos que finalmente resultaron en una transversalización un tanto periférica. Desde mi perspectiva, este hecho evidencia una vez más las dificultades que las mujeres, y en concreto las feministas en cuanto a mujeres politizadas, tenemos para introducirnos en los centros de poder. En la acampada se ha dado un “factor espejo” de la sociedad en general, que se ha manifestado nuevamente en comisiones que estaban muy cercanas a las tomas de decisiones definitorias del movimiento: horarios imposibles, formas agresivas, círculos profesionalizados, etc. Pero no todas las comisiones han sido de esta manera, ni tampoco en todo momento, y es una tarea feminista responsabilizarse de esa relación con el poder que nos autoexcluye y nos margina de los órganos en los que se pone en práctica la toma de decisiones. En torno a los núcleos de poder se activan fantasmas de exclusión y de agresión que no siempre son reales. Las feministas revolucionarias tenemos una responsabilidad con el ejercicio del poder, sin que la expresión “*ejercerlo de otra manera*” sirva de eufemismo para la palabra “*delegar*”.

Y ¿qué es lo que nosotras pedimos? Las reivindicaciones de las feministas en el movimiento no son distintas de las habituales previamente al 15-M porque poco o ningún cambio se han dado al respecto; peor aún, la condición de las mujeres se ha visto agravada con la crisis neoliberal. La feminización de la pobreza, la explotación de los cuidados, la represión vivida sobre el cuerpo de las mujeres no es nada nuevo. De nuevo las feministas nos encontramos defen-

diendo que el derecho a la soberanía de nuestros cuerpos es una reivindicación legítima, que el sistema neoliberal ha sido posible con la complicidad y colaboración patriarcal y, sobre todo, que después de tantos años lo personal sigue siendo político.

En mi opinión el aprendizaje político más interesante de este movimiento no está en las formulaciones concretas, sino en las dinámicas que se dan. Cuando la Comisión de Feminismos denunció lo que todo el mundo sabía ya desde hacía muchos días *sotto voce*: la agresión, intimidación y abusos sobre mujeres en el campamento, no se recibió apoyo militante. Éste fue un ejercicio de ejemplar hipocresía por parte del grueso de la militancia que pedía resolver estas cuestiones mediante intervención policial y en silencio para no despertar a los medios, tan complacientes con la causa hasta el momento. Aún haciendo un ejercicio de revisión y autocritica, cuesta encontrar un hecho mas político dentro de nuestra experiencia en el movimiento, si no fuera por el lamentable señalamiento a las y los “*violentos*” en el bloqueo del Parlament y la frenética obsesión por mostrarnos mas pacíficas que Gandhi en los últimos días.

¿Cuáles son los próximos pasos? No lo sabemos y además no debemos responder con la urgencia que exigen medios y políticos, exigencia que no se aplican a sí mismos, aún siendo pagados por ello. La expansión a los barrios es un éxito y una necesidad que devuelve la participación política a las personas permitiendo así hacer más complejas las propuestas, con las peculiaridades propias de cada pueblo. Las feministas también nos organizamos en los barrios; algunas asambleas han creado su comisión feminista otras se integran en comisiones existentes. Algo que caracteriza a los feminismos en los barrios es la voluntad de intercambio y recogida de las distintas realidades, a pesar de la crítica que algunos feminismos realizan desde fuera de elitismo, academicismo y etnocentrismo, lo cierto es que el trabajo de las comisiones feministas en los barrios pasa por el acercamiento y escucha de las personas migrantes, la inclusión y la mezcla con las reivindicaciones de migrantes y obreras, reconociéndonos en una identidad común no ajena a la nuestra. En este sentido es un ejercicio de feminismo activo, de aplicación directa de los saberes académicos pasados por la experiencia vital.

Si algo reconocemos y agradecemos las feministas al 15-M es la reactivación de una red que estaba adormecida, que estaba cansada de escucharse y debatir y que desde hacía tiempo se enquistaba en las diferencias haciéndolas prácticamente irreconciliables. Ha logrado unirnos, visibilizarnos entre nosotras, *empoderarnos* y cómo no, llenarnos de alegría e ilusión. Ha conseguido también un acercamiento intergeneracional, una sororidad espontánea; durante las permanencias en la carpa muchas mujeres se acercaban, de todas las edades, de distintas condiciones y con diversas experiencias: mujeres de diversas

nacionalidades y edades, desde las chicas jóvenes que querían firmar y comprometerse con cualquier cosa que tuviera que ver con reivindicaciones feministas como forma de mostrar su solidaridad y de acercarse al movimiento, hasta mujeres octogenarias que nos pedían que siguiéramos luchando y permaneciéramos firmes, porque ellas tuvieron que luchar por derechos fundamentales que ahora se veían amenazados.

El reto en este momento es que el cansancio, la burocracia, las renunciadas en pro de unos mínimos no nos dividan y alejen a las que disponen de menos medios, de menos energía o de más tareas de cuidados.

Lo que el movimiento y la comisión han demostrado es que siempre hay oportunidad de engancharse, que éste es un viaje con muchas paradas, que todos los aportes se reciben y de todos aprendemos y que por fin, como en una clase con distintas alumnas y alumnos, cada cual a su ritmo, estamos aprendiendo a sumar.

María Bilbao participa en la Comisión de Feminismos de la acampada de Sol.